

darle efecto retroactivo, á castigar á un ser inocente como la infeliz esposa, á castigar otro ser más inocente todavía, el hijo, que solo ha cometido el crimen de nacer, y que por haber nacido le condenais á la mayor de las penas, á la orfandad de la honra.

Pero se ha hecho más, señores diputados, se ha hecho más. Esa teocracia implacable ha entrado en los cementerios, sublimes como los templos; se ha dirigido á las tumbas, henchidas de los misterios de la eternidad y rodeadas por el respeto de todos los pueblos conocidos y hasta de los pueblos salvajes; ha escarvado aquella tierra consagrada por las oraciones y por las lágrimas; ha extraído los huesos por donde corrió la luz del pensamiento, el fuego de las pasiones, la electricidad de la vida, y los ha arrojado á los muladares y á los estercoleros, como si fueran restos de perros; los ha arrojado al olvido, donde no puedan recibir el culto á la muerte, que es también el culto á la inmortalidad y á sus inefables promesas; y procediendo así, la teocracia implacable ha herido la santa maternidad de la naturaleza, y ha usurpado el inapelable juicio del Eterno. ¡Ah! ¡Maldita intolerancia religiosa! ¡Mil veces maldita intolerancia religiosa! No le basta con habernos arrancado aquella gloriosa raza judáico-española, que ha dado á Spínosa y á Manín, quizás el primer filósofo y quizás el primer patriota de la historia moderna; no le basta con haber expulsado aquella raza de agricultores que derramaron por las tostadas costas del Mediterráneo la vida y la abundancia; no le basta con habernos aislado de la comunicación con el espíritu moderno, reduciéndonos al aislamiento y asemejándonos al personaje simbólico de Calderón, que miraba y envidiaba la libertad del ave, del pez, mayor ciertamente que la nuestra; no le basta con haber encendido la guerra civil y haberla alimentado, porque la teocracia sola ha llenado de cadáveres los abismos de Monte Jurra y la cima del Gualdames; ella, la teocracia sola, ha teñido de sangre el Nervión y el Bidasoa, el Turia.

y el Ter, sembrando este odio de unos partidos contra otros partidos, los cuales se combaten con la injuria y la calumnia y el exterminio, vertiendo este odio, esta guerra semejante al odio y á la guerra de las especies inferiores; no le basta con todo esto; se ha dirigido á las tumbas y ha llevado á las regiones de la paz, de la única paz perpetua, el furor de sus rencores y la tea de sus venganzas.

Pero, señores, no es de extrañar, no puede extrañarme esto de las autoridades religiosas, cuando lo han hecho también las autoridades civiles. El señor ministro de la Gobernación ha debido saberlo y ha debido evitarlo. Pero lejos de evitarlo, ¡ah! lo ha alentado. ¿No saben los señores diputados lo que cuenta este folleto que voy á entregar á la consideración del Congreso? Existía y existe en San Fernando un presbiteriano inglés, el cual, en uso de su derecho, había construido en pobre granero, por no tener otro sitio, modesta iglesia evangélica. Este presbiteriano puso el lema de su religión á la puerta de su templo, y pidió permiso á la autoridad competente para abrir su culto. La autoridad competente le negó el permiso, diciéndole sin razón y sin fundamento alguno, que era necesario ver si tenia condiciones de solidez y hasta de salubridad la iglesia. La iglesia era sólida y salubre; así lo declaraban los maestros de obras y los arquitectos; y sin embargo, se borró el lema de iglesia evangélica, y hasta se impidió la inauguración del culto. Este era un atentado; pero el atentado más grave consistía en la manera de llevarlo á cabo. Aquél alcalde insultaba á la religión evangélica en su comunicación oficial: aquél alcalde comparaba irreverentemente la magnificencia gótica de nuestras catedrales con la pobreza del humilde granero, cual si no hubiera tanto cristianismo en las oscuras catacumbas como en los bronces, en los mármoles y en los mosaicos de San Pedro; aquél alcalde comparaba el rótulo de «Iglesia evangélica» con el rótulo de una fábrica de naipes ó de una tienda de vino peleón: aquél alcalde hablaba de una supuesta letrina, y se

revoicaba en grandes consideraciones sobre la perturbación que debían llevar los pútridos miasmas á las meditaciones de los presbiterianos: aquél alcalde, por último, decía que el Dios evangélico le importaba á él tanto como el zancarrón de Mahoma ó el dios Brahama de la India. ¿Cómo he de extrañar yo la guerra de nuestras provincias del Norte? No me extraña que en aquel país donde se habla la lengua euskara, en la cual no cabe el espíritu moderno, tenga el cura tan grande influencia para arrancar á los naturales de sus hogares y conducirlos á combatir por el clericalismo, cuando en la isla gaditana, en aquella encrucijada de los continentes, en aquel puerto donde han abordado todas las razas y se han reunido tantas veces todas las naves de la tierra, hay un alcalde que injuria los sentimientos religiosos, que maldice la conciencia humana, que blasfema del Dios evangélico, no sabiendo que aquél es el Dios de la Biblia y del Evangelio, el Dios del Sinaí y del Calvario, el Dios que le envía á la cuna de sus hijos los ángeles custodios y que recoge de las tumbas las almas de sus padres para engarzarlas en la eternidad; el mismo Dios que bendijo la victoria de las Navas de Tolosa, redentora de Andalucía y que dispensó próspero viento á la carabela de Colón descubridora de América; el Dios en cuya Providencia creen y en cuyo Verbo comulgan todos los pueblos civilizados en toda la redondez de la tierra.

En las demás naciones europeas, alentar á la teocracia es una flaqueza; en España un error que amenaza á la integridad de nuestra patria. Y voy á varias consideraciones sobre la cuestión religiosa, no en son de queja, sino en son de reflexión, en son de meditación, presentándoselas al Gobierno, presentándoselas al Congreso; porque sobre ellas debe recaer grande meditación de los poderes públicos. Y no miro la cuestión allá en las puras abstracciones de la ciencia, como los filósofos, sino en la realidad, como los estadistas. Mi amigo el Sr. Moreno Nieto me hablaba de nuestra idea de la separación entre la Iglesia y el Estado.

Es verdad, la hemos tenido cierto tiempo, quizás la tenemos todavía, y en períodos normales, apartados de guerras civiles; ¡ah! la tenemos resueltamente. Pero debe entender el Sr. Moreno Nieto que sobre este punto comienza á iniciarse en Europa, en todas las escuelas liberales de Europa, un movimiento digno de atención. Sabe muy bien su señoría que los grandes pensadores italianos tachan la fórmula de Cavour «la Iglesia libre en el Estado libre», de fórmula inaplicable á la realidad y á la vida y al momento presente. Sabe que la democracia francesa se ha alarmado de la extensa y peligrosa libertad dada al clero en la cuestión de enseñanza, y que indudablemente esa ley será revocada en la presente legislatura. Sabe también que en nación de tolerancia tan extraordinaria como la nación alemana, donde la libertad de conciencia es un ejercicio tan antiguo, un derecho práctico tan arraigado, cierto repúblico ilustre por sus ideas y por su poder, intérprete del espíritu de aquél que cuando se cerraban todas las naciones católicas á los jesuitas expulsados y perseguidos les abría las fronteras de su reino, tiene hoy empeñada guerra á muerte con el elemento eclesiástico. Sabe también que esa Suiza, por su territorio diminuta y por su derecho inmensa, consiente todas las asociaciones en su libre suelo, y no consiente, no puede consentir la asociación de los jesuitas, vedada por las leyes. Sabe también que un ilustre estadista de los primeros de Europa, aquel que abolió la Iglesia protestante en Irlanda, y que por lo mismo prestó un inmenso servicio á la religión y á la libertad, se alarma del peligro que corre la autonomía de Inglaterra y llama al conjunto de esos peligros el vaticianismo. Pues bien, señores; la teocracia podrá ser en todas partes, en todas las naciones un peligro más ó menos grande; pero en ninguna parte, en ninguna nación, puede serlo tan grande como en España, donde la teocracia es más que un poder moral; donde la teocracia es un Estado; donde la teocracia es un ejército; donde la teocracia pone en pié de guerra 100.000 hombres

y los lanza á los furores de la guerra civil. Aquí se ha dado en la manía de atribuir á las antiguas costumbres vascongadas la responsabilidad de la guerra; y el partido liberal se defiende ante esa apariencia para no ver ni mirar la realidad del insondable abismo. Si algo prueba la existencia de ciertas libertades antiguas, es la inutilidad de emancipar política y administrativamente á los pueblos, si no se emancipa antes, ó al mismo tiempo, el motor verdadero de la vida, si no se emancipa antes la conciencia. Las Provincias Vascongadas no tienen la culpa de que las escuelas más ultramontanas hayan elegido su conciencia sencilla como cebo de su propaganda reaccionaria; no tienen la culpa de que, caído el poder temporal de los Papas y ahuyentando el imperio napoleónico, se hayan tomado como fortalezas de la teocracia sus desfiladeros; no tienen la culpa de que el cosmopolitismo jesuítico haya fijado en aquellas montañas el asidero último á su desesperación irremediable: lo que ha luchado, lo que ha destruído nuestros caminos, lo que ha roto nuestros telégrafos, lo que ha talado nuestros campos, lo que ha desarraigado nuestras aldeas, lo que ha bombardeado nuestra ciudadades más libres, lo que ha segado una generación entera en flor, ha sido el espíritu teocrático, pues ha tomado esas tierras de la fe para una restauración de sus ídolos maldecidos, los cuales, como los antiguos dioses antropófagos, se alimentan de la destrucción, de los asolamientos y de la muerte.

Hay algo más terrible que el utopista de la Internacional, más odioso que los cantonales de Cartagena, más abominable que los incendiarios de París; y son esos curas cabecillas que en vez de bendecir maldicen, y en vez de orar matan, y en vez de extinguir los incendios de las pasiones pelean, y en vez de edificar las almas destruyen las poblaciones, y en vez de desoir las tentaciones de la ambición aceptan el reino de la tierra ofrecido por Satanás á la humildad de Cristo, y en vez de ser como ovejas entre lobos, cual quiere el Evangelio, van, como lobos entre ovejas, de-

jando la inextinguible estela de humo y sangre que se ve todavía desde Olot hasta San Sebastián, desde Cuenca hasta Bilbao, y que es la sombra más espesa proyectada sobre nuestra conciencia y la mancha más grande caída sobre nuestra limpia historia. ¡Y se dice continuador de Jesucristo! Señores, de Jesucristo, cuyo corazón solo latió para amar; de Jesucristo, cuyos labios solo se abrieron para bendecir; de Jesucristo, que volvió á la vaina la espada de Pedro; de Jesucristo que cuando estaba clavado en la cruz, lívido el rostro, empapados los labios en hiel y vinagre, extintos los ojos, pedía caridad y perdón para sus enemigos y sus verdugos; de Jesucristo, que todos hemos entrevisto en el hogar, evocado por la elocuencia divina de nuestras madres, las cuales nos han dicho que encendió el sol, y tuvo frío; que alimentó la vida, y tuvo hambre, que condensó las aguas, y tuvo sed; de Jesucristo, que ha unido el cielo con la tierra por el lazo divino de la caridad y del amor! A la educación teocrática, que nos hace aptos solamente para la guerra civil, tenemos que oponer, debemos oponer la educación nacional, la educación científica, la educación moderna; que nos habilite para la vida propia de los hombres cultos, para esa vida en que respiran pueblos más felices, y en que nosotros debemos respirar también, porque, de lo contrario, vamos á precipitarnos en una decadencia semejante á la que aqueja á los imperios asiáticos.

Pero ninguna esperanza tengo de que sigais estos consejos, cuando veo cómo ofrecéis en holocausto á la reacción implacable que todo lo avasalla, una víctima tan ilustre como la Universidad y tan divina como la ciencia. Cuando las ciencias físicas y naturales se han desavenido de la tradición y han consagrado á la experiencia, desde los siglos XVI y XVII; cuando las ciencias especulativas, antiguas siervas de la teología, han prescindido de la Summa y han admitido solo el raciocinio; cuando la geología ha roto las arbitrarias limitaciones puestas á su desarrollo

por los comentaristas escolásticos; cuando la historia misma ha olvidado aquel sentido teocrático de Bossuet, por el cual se veían en los pueblos antiguos bautistas y en los pueblos modernos cumplidores de una exclusiva doctrina; cuando la política ha condenado el derecho divino y lo ha sustituido con el derecho popular; vosotros queríais poner á la ciencia, infinita, eterna, absoluta, por límite, como si en el pensamiento humano pudiera haber columnas de Hércules, vuestras estrechas é individuales concepciones. Profesores que no admitían estos límites, ó que, aun admitiéndolos, no juzgaban digno de su ministerio el someter á ideas preconcebidas la ciencia, protestaron contra ese atentado en términos enérgicos, pero elevados y decorosos. Los habeis puesto fuera de las leyes, los habeis perseguido con saña, los habeis arrancado á sus cátedras. Vuestra autoridad, ó mejor dicho, vuestra fuerza ha triunfado; pero la Universidad ha muerto. El error de la restauración se parece por completo al error del antiguo régimen; sube más allá de los tiempos modernos, se pierde en la Edad Media para buscar su concepto de la ciencia. Este proceder en todo tiempo funesto, es en nuestro tiempo mucho más funesto todavía á causa de las tendencias materialistas que aquejan hoy á la juventud y que la llevan derechamente á renegar de Dios y de la libertad. Cuando veo esa ciencia que nos da por genealogía, por progenitores, el pólipo y la acidia, por padres el mono ó el perro y que ha llegado á no ver en la inteligencia más que el fósforo de los fuegos fatuos, en el hombre más que el organismo de la máquina animal, en el universo más que materia y fuerza, con lo cual nos han arrastrado al fatalismo que reniega de la libertad, al atavismo que reniega de la democracia, al pesimismo que reniega del progreso, deploro la pérdida de aquellos hombres ilustres de fines del siglo XVIII, como Washington, como Franklin, como Condorcet, como Vergniaud y Mirabeau mismos, los cuales, creyendo en la sublime trilogía de Dios, la libertad, el progreso, arrancaron el rayo

á las nubes, el cetro á los tiranos, rompieron todas las cadenas de las antiguas servidumbres, y alzaron en el altar de los espacios, como una hostia consagrada, la tierra despidiendo por cada uno de sus poros á manera de irradiación misteriosa lo que hay de más divino en la naturaleza, el inmortal espíritu del hombre: Ahora bien; contra este materialismo no había más que un remedio, el idealismo, el espiritualismo, el armonismo si se quiere, racionalista, sí, pero elevado, de la Universidad. Lo habeis desarraigado en sus representaciones más ilustres, y preparais á la generación venidera un estado mental verdaderamente peligroso. Esta doctrina tenía un representante ilustre en la Universidad, cuya irreconciliable enemistad política no me veda reconocer su mérito y su ciencia. Los habeis proscrito á todos, lo habeis derribado todo; y mientras la juventud ilustrada se pierde en el materialismo, que tarde ó temprano traerá la demagogia comunista, no como una renovación, sino como un castigo, los campos, las aldeas, las provincias del Norte se sumergirán cada día más en ese absurdo ultramontanismo que las hace, no solo incapaces de la libertad, sino también peligrosas para la patria. Más condenados por la fatalidad á seguir la política del antiguo régimen, habeis procedido con la Universidad como habeis procedido con las demás instituciones, con el criterio de la restauración.

Señores, voy á concluir, porque que conozco que he molestado muchísimo al Congreso, y porque conozco también que me faltan materialmente las fuerzas. Pero, señores diputados, yo os pregunto: ¿es posible con esta política resolver los problemas pendientes? Por que después de todo, ¿cuáles son los problemas pendientes en España? Primero, el problema del orden. ¿Creéis que con esa política de proscripción de las ideas; con esa política de proscripción de los partidos, vais á restaurar la paz en los ánimos, base inconstrastable del orden público? Pues hay otro problema: el problema de la educación nacional. ¿Y creéis

que con esa guerra á la Universidad y con ese espíritu teocrático vais á hacer algo á favor de la educación nacional? Otro problema: problema de la libertad religiosa, porque es indispensable que entremos en el comercio de los pueblos libres. ¿Y creéis que lo vais á resolver con vuestras complacencias, que tan admirablemente manifestaba el Sr. Sagasta, con vuestra complacencia con Roma? Aun hay otro problema, el problema de la legalidad. ¿Y creéis que lo vais á resolver con las elocuentes invectivas que ayer dirigía el señor presidente del Consejo de Ministros al sufragio universal? Y lo que más me admira, lo que más me asombra, es lo mismo que admiraba y asombraba al señor Sagasta esta tarde, vuestra complacencia al ver tan maltratado á vuestro origen. Pues si el sufragio universal es tan insensato, si el sufragio universal es tan ciego, como por una ley natural los hijos se parecen á los padres, nosotros debemos ser también muy insensatos y muy ciegos. Pues qué, el sufragio universal ¿no ha producido esta ilustre Cámara? Pues qué, el sufragio universal ¿no está representado en esta grandiosa Cámara, que según decía el señor presidente del Consejo, va á resolver todos los problemas políticos, económicos y sociales? Pues qué, si tan malo es, si tan perverso es el sufragio universal, ¿cómo nos ha dado esta Cámara tan excelente, tan liberal, esta Cámara óptima?

El señor presidente del Consejo, sin ánimo, no ya de atacar, pero ni siquiera de criticar á una nación vecina, ha hablado de que el sufragio universal conduce al cesarismo, como si hablara teóricamente de una tesis política. Y casualmente la historia contemporánea de esa nación vecina es la prueba má evidente de que allí donde la verdad social es la democracia, allí donde los grandes movimientos de la civilización han disuelto las antiguas clases aristocráticas, los antiguos privilegios, la verdad política, el criterio político se encuentran mucho mejor en el sufragio universal que en ningún otro origen. Cae Luis Felipe de su

trono revolucionario, y cae precisamente por su empeño en limitar y restringir el sufragio. Las muchedumbres lanzadas de la vida pública rompen las vallas artificiales del censo y entran como mar sin fondo en lecho sin límites. El comienzo de la revolución de 1848 es como el comienzo de todas las épocas críticas y genesiacas de la historia; una confusa mezcla de ilusiones y de desgracias. La utopía del derecho al trabajo penetra hasta en las inteligencias más avanzadas, y la utopía de una segunda revolución hasta en las muchedumbres más republicanas. En medio de esta efervescencia, el sufragio universal representa admirablemente la pública inteligencia y trae una Asamblea generosa, ilustre, llena como él de aspiraciones nobilísimas; como él aquejada de irremediable experiencia. Esta situación excepcional dicta á la Asamblea declaraciones de principios sociales sin realización posible, y al pueblo movimientos revolucionarios sin ninguna salida. En semejante situación, el sufragio, á pesar de hallarse á la cabeza del Estado un general tan austero como Cavaignac, busca seguro más fuerte en el seno de tradición más significativa aun de autoridad y de fuerza, en el seno de la tradición napoleónica. Y en pos de esto, amedrentados los ánimos, viene la Cámara legislativa, donde se opera reacción hacia la autoridad, que fuera quizá más fecunda si no se vuelve contra el sufragio universal. Entonces se comió un crimen, un gran crimen, el golpe de Estado de 2 de Diciembre, que mató la Asamblea y que erigió la dictadura cesarista. El pueblo francés buscó en el reposo político alimento á su actividad febril en el trabajo, y si no se pudo regocijar, se pudo conformar con la servidumbre. Pero vino el castigo á esta servidumbre, la intervención extranjera, y el sufragio universal rompió las ligaduras con que le tenían atado los prefectos y los candidatos oficiales del imperio. Y en tal estado, llegó la derrota, y con ella la eminente ruina de la Francia. Y á pesar de hallarse á la cabeza del Estado un joven enérgico, de alta

inteligencia y de caracter estóico, que deseaba pedir á la desesperación heroica del 93 la salud de la tercera república, el sufragio universal prefirió la paz. Y más de veinte departamentos designaron al ilustre anciano que había visto con previsión profética los males de la guerra y la ruina de su patria, y que representaba, no ciertamente la democracia pura, sino la antigua alianza del orden con la libertad dentro de principios en que una conjunción de la autoridad y del derecho se realizaba. Pero al elegir una Asamblea encargada de tratar la paz, Francia había elegido una Asamblea monárquica que pugnaba por traslmitar su mandato y rehacer la monarquía. Entonces el sufragio universal, adicto á la república, varió en las elecciones parciales, por una renovación tan firme como inteligente, el sentido de la política, y la inclinó por completo á sus soluciones preferidas, á las soluciones republicanas. Y se votó la república. Pero alzado á la cabeza del Gobierno de la república un conservador que no comprendía el sentido de la verdadera política conservadora y que se empeñaba en separarla de la forma republicana, lo mismo el sufragio universal indirecto en la elección del Senado, que el sufragio universal directo en la elección del Congreso, le dieron una lección de cuán difícil, ó mejor dicho, imposible es gobernar contra su voluntad á la Francia. Y de estas elecciones generales han salido dos Asambleas nombradas por los dos métodos del sufragio universal, en que se equilibra el sentido de conservación y autoridad con el sentido de libertad y democracia; en que un pueblo muchas veces impaciente acierta á refrenarse, á dirigirse á sí mismo y á comprender cómo el método de la sociedad debe asemejarse al método de la naturaleza en el lento, pero seguro desarrollo de sus evoluciones progresivas. Decía Donoso Cortés que, siempre que una idea entraba en el mundo, Francia se hacia hombre para propagarla. Carlo Magno fué la Francia hecha hombre para propagar la idea católica; Voltaire fué la Francia hecha hombre para pro-

pagar la idea filosófica; y Napoleón ha sido la Francia hecha hombre para propagar la idea revolucionaria. Y ahora en este periodo, la Francia no se ha personificado en ninguna individualidad, pero se ha personificado en una Asamblea, la cual, por su genio especulativo y por su sentido práctico, acaba de reunir en una síntesis suprema los dos terminos de la autoridad y de la libertad, indispensables al gobierno de los pueblos. La Francia es hoy para todos nosotros una gran escuela de democracia práctica y gubernamental á un mismo tiempo. Así teneis al frente de su poder ejecutivo un general que no piense en golpes de Estado; desempeñando su poder legislativo dos Cámaras igualmente conservadoras y democráticas; á la cabeza del movimiento político, hombres del antiguo doctrinarismo, persuadidos de la necesidad de ciertas concesiones al espíritu democrático, mezclados con hombres del moderno radicalismo, persuadidos de la necesidad de ciertas concesiones á la idea del Gobierno; y en todas partes un pueblo vigoroso, trabajador y económico, que se contenta con ahuyentar las sombras de la reacción y con apereibir para los venideros en el seno de una sociedad fuertemente constituida la plenitud del derecho.

Comparad esta situación tan segura de Francia con nuestra situación presente, con nuestras dudas, con nuestras vacilaciones, con nuestra incertidumbre. No sabemos si nuestra monarquía es ó no puramente hereditaria; no sabemos si es ó no consecuencia de la soberanía nacional. Unas veces nos parece lo primero, otras veces nos parece lo segundo. El señor presidente del Consejo ha querido asociar el Rey al Poder constituyente, tan solo para evitar un peligro; el peligro de que aquí (su franqueza me lo dirá) el peligro de aquí discutiéramos, el peligro de que aquí votáramos la monarquía. ¿No es verdad? (*El señor presidente del Consejo de Ministros: No.*) El señor presidente del Consejo cree que nosotros no tenemos autoridad para discutir, ni jurisdicción para votar la monarquía ni la dinas-

tía. (*El señor presidente del Consejo de Ministros:* Es verdad.) Pues yo digo al señor presidente del Consejo: si aquí hubiera venido una proposición, ¿qué peligro se hubiera corrido? El peligro de que yo pronunciara un discurso en contra y de que recayera después de este discurso una votación. Pues qué, ¿podía, por ejemplo, decir yo más de lo que se dice en este admirable discurso por el Sr. Rivero pronunciado, discurso que, si se cree que es desacato que yo lea, yo se lo doy á leer á un señor secretario? Si el señor presidente cree que yo puedo leer ó referir unas cuantas palabras de un discurso pronunciado aquí cuando el general O'Donnell ocupaba ese banco y cuando presidía esta Cámara el Sr. Infante, discurso que indudablemente oyó desde los bancos de la derecha el señor presidente del Consejo, ¿qué más se puede decir que lo que se dijo aquí en tiempo de Doña Isabel II? Y por eso no se conmovió el trono. Y dijo el señor Rivero estas palabras: «Nosotros hemos votado contra la monarquía, porque creemos que desde el siglo XVI se han perdido los poderes permanentes y hereditarios; nosotros hemos votado contra la dinastía, porque creemos que la dinastía de Borbón ha consumido su vida luchando con las libertades públicas.» ¿Que más se puede decir? ¿Qué más se puede añadir á esto? Y sin embargo, esto se dijo en una Cámara monárquica, en una Cámara en que había bastantes más monárquicos que en la Cámara actual. (*Rumores.* No, no.) Bastantes más monárquicos que en la Cámara actual. (*Rumores.* No, no.) ¡Si estáis todos infestados del espíritu democrático! (*Risas.*) ¿Qué más puedo yo decir, señores diputados, que lo que dijo en el penúltimo discurso y en el último, en una Cámara presidida, no recuerdo bien si por el Sr. Castro y Orozco, pero en fin, en la que ocupaba la Presidencia del Consejo de Ministros el general Narvaez; qué más puedo yo decir que lo siguiente, que dijo el Sr. Donoso Cortés? «Para los poderes antiguos, todos los caminos conducen á la perdición. Unos se pierden por ceder, otros se pierden

por resistir; donde la debilidad ha de ser causa de ruina, allí pone Dios príncipes débiles; donde el talento mismo, príncipes entendidos. Para salvar las antiguas monarquías; no hay un hombre eminente; ó si lo hay, Dios disuelve con su dedo inmortal para él un poco de veneno en los aires.» ¿Qué más puedo yo decir que lo que aquel ilustre orador dijo dirigiéndose al señor presidente del Consejo de Ministros? «El destino de la dinastía de Borbón es alentar á las revoluciones y morir á sus manos. Ministros de Doña Isabel II, yo os pido que liberteis, si es posible, á vuestra Reina y á mi Reina del anatema... que pesa sobre su raza.» ¿Podría yo decir más que eso? No podía decir más que eso. (*Rumores.*) No podía decir más que eso, por el respeto que me infunde el Gobierno, por el respeto que me infunde la legalidad, por el respeto que me infunden los poderes públicos. De consiguiente, el señor presidente del Consejo ha ideado una teoría artificial para conjurar un peligro del cual ya afortunadamente hemos salido. (*Risas.*)

Y ahora sí que voy á concluir. Desengañaos, señores diputados, no hay más soluciones que las soluciones contenidas en el espíritu y en el desarrollo de la revolución de Septiembre. Decía el señor presidente del Consejo que aquí, antes de las declaraciones que en este Congreso se han hecho ó se hagan, no había más legalidad que la República federal. Permítame el señor presidente del Consejo que yo conteste esto con razones á mi entender valederas. La Constitución del 69, tiene razón S. S., llevaba en sí principios tales, que dentro de ella, la forma sustantiva (y yo estoy conforme con S. S. en que la forma es sustantiva á la esencia de las cosas) la forma sustantiva era la forma que declararon las Cortes radicales el 11 de Febrero de 1873. Esta es la verdad, esta verdad la reconozco, la confieso, la proclamo. Y creo más; creo que dentro de esta Constitución y dentro de esta forma sustantiva había más elementos de conservación y de resistencia que en otras combinaciones arbitrarias. Pero lo que yo niego es que la declaración de la

República federal fuera una declaración que produjese estado. La del 11 de Febrero lo había producido; había producido un Gobierno, unas Cortes, una administración, un ejército. La declaración de la República federal nunca produjo estado; no se promulgó en la *Gaceta*; fué una declaración interior de la Cámara; la República continuó llevando el nombre de República española. Luego, según la doctrina del señor presidente del Consejo, la legalidad que aquí había, era la Constitución del 69, completada por las declaraciones del 11 de Febrero. (*El Sr. presidente del Consejo de Ministros: Ya contestará este Diario de Sesiones.*)

Ahora bien, señores diputados; yo os digo lo siguiente: aquí, ciertos sentimientos antiguos, ciertas antiguas ideas, se han descompuesto, como se dice en estilo hegeliano, no por nosotros, si no por los monárquicos. No eran, no, demócratas los que obligaron á Carlos III á ahuyentarse de Madrid por no ver los desacatos continuos á la majestad de su persona; no eran demócratas, no, los que promovieron el motín de Aranjuez y arrancaron su prestigio á la antigua monarquía; no eran demócratas, no, los que declararon loco á Fernando VII; no eran demócratas, no, los que se levantaron en Cabezas de San Juan; no eran demócratas, no, los que influyeron en el motín del sargento García; no eran demócratas, no, los que arrojaron en 1840 una Reina ilustre allende los mares, acompañada por los sollozos de sus fieles súbditos y por los quejidos del mar; no eran demócratas, no, los que emprendieron la revolución de Vicálvaro y desacataron la autoridad de otra Reina; no eran demócratas, no, los que discutieron el trono y la monarquía; no eran demócratas, no, los que se levantaron en 1868; no, no ha sido una voz de la democracia, sino una voz elocuentísima, salida del corazón de uno de los jóvenes que más alta levantan la elocuencia en esta Cámara y que más pregonan las excelencias de las instituciones antiguas, la que ha recordado el desastre y la desgracia de Maximiliano de Austria.

Todo esto prueba que un sentimiento muere, que una idea se extingue, que un culto desaparece de los corazones que una fe antes acariciada se borra en las conciencias. Y como si muere un sentimiento, no muere el sentir; si muere una idea, no muere el pensar; si muere un culto, no muere el creer; las ideas, los sentimientos, las creencias cambian y se renuevan, y con las ideas y con los sentimientos y con las creencias cambian y se renuevan también las sociedades. Y así como á los diversos estados físicos y químicos y meteorológicos del planeta corresponden diversos organismos, al cambio de las ideas y de los sentimientos y de las creencias corresponden instituciones diversas también. Todo cambia, todo se renueva, todo se transforma. Pero bajo estos cambios, esta renovación perpetua, estas profundas transformaciones, siempre queda un sér en cuyo seno todos nos juntamos, en cuya existencia todos creemos, en cuyo amor todos vivimos: la patria, que permanece pura, á pesar de nuestras faltas; infalible, á pesar de nuestros errores; inmortal, á pesar de nuestra desaparición y de nuestra muerte, con su ley de vida, que, como las leyes naturales, durará más que todas las instituciones; con su derecho propio y su propio poder, que prevalecerá sobre todos los derechos y todos los poderes; semejante, como otra vez he dicho, en su belleza, en su luz, en su ideal, á la imagen purísima trazada por el más místico de los pintores, á la imagen purísima cuyos piés quebrantan la cabeza á la serpiente del mal y cuya frente se pierde en las estrellas del cielo. Dejemos pasar todo lo accidental, todo lo fugaz, todo lo perecedero, todo lo que han traído las circunstancias y las circunstancias se han de llevar y levantando nuestro corazón y nuestro pensamiento, á las alturas juremos trabajar y morir por lo que es eterno, por nuestra hermosa patria. He dicho.